

Avec l'immigration. Mesurer, débattre, agir **Con la inmigración. Medir, debatir, actuar**

de François Héran (2017). París: La Découverte

Recensión por
Eguzki Urteaga
Profesor de la Universidad del País Vasco
Departamento de Sociología y Trabajo Social

Recibido: 1/09/2017

Aceptado: 4/09/2017

Correspondencia: Eguzki Urteaga, Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social, Universidad del País Vasco. Los Apraiz, 2, ES-01006 Vitoria, País Vasco (España). E-mail: eguzki.urteaga@ehu.eus

© Revista Internacional de Estudios Migratorios. CEMyRI. UAL (España)

François Héran acaba de publicar su último libro titulado *Avec l'immigration. Mesurer, débattre, agir* (Con la inmigración. Medir, debatir, actuar) en la editorial La Découverte, cuya colección *L'envers des faits* está codirigida por Stéphane Beaud, Paul Pasquali y Fabien Truong. Conviene recordar que el autor es sociólogo y demógrafo. Diplomado de la Escuela Normal Superior (ENS) y agregado en Filosofía, es doctor en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) y doctor en Demografía por la Universidad París-Descartes. Ha dirigido durante cinco años, entre 1993 y 1998, el Departamento de Encuestas y estudios demográficos del INSEE (Instituto Nacional de Estadística y de los Estudios Económicos) y, posteriormente, durante diez años, de 1999 a 2009, el INED (Instituto Nacional de Estudios Demográficos).

A su vez, ha impartido clases, de manera sucesiva o simultánea, en el Instituto de Estudios Políticos de París, la ENSAE (Escuela Nacional de Estadística y de la Administración Económica), el CEPE (Centro de Formación Continua en Estadística y en Economía), la ENPC (Escuela Nacional de Puentes y Calzadas) o la mencionada EHESS. Ha sido igualmente director de la publicación del INED *Population & sociétés* (1999-2009) y de la revista *Population* (2002-2009), además de ser miembro del comité de redacción de varias revistas, entre las cuales se halla la prestigiosa *Revue française de sociologie*. Entre las innumerables funciones asumidas es preciso mencionar que ha sido vice-presidente de la Comisión nacional de evaluación del Censo; presidente del consejo científico del IRDES (Instituto de Investigación y Documentación en Economía y Salud); presidente del Comité para la medida de la diversidad y la lucha contra las discriminaciones (COMEDD); o presidente de la Alianza de investigación sobre las discriminaciones (ARDIS).

Los temas de predilección de sus investigaciones son las teorías del rito y de la institución, los modelos de parentesco, las estadísticas sociales y étnicas, las medidas de la discriminación, la política familiar, el envejecimiento de las poblaciones y las migraciones internacionales. Entre sus obras más relevantes, conviene citar *La formation du couple* (2006), redactada junto con Michel Bozon, *Le temps des immigrés: essai sur le destin de la population française* (2007) o *Figures de parenté* (2009). Es igualmente autor de informes relevantes, tales como *Démographie et économie* (2002), escrito con Michel Aglietta y Didier Blanchet, para el Consejo de análisis económico; *Immigration, marché du travail, intégration* (2002) para la Comisaría General del Plan; e *Inégalités et discriminations* (2010) para el Comité para la Medida de la Diversidad y la Evaluación de las Discriminaciones.

En una larga introducción de su último libro, François Héran recuerda que, “más que nunca, en la mayoría de los países europeos [y] en Estados Unidos, el debate público se focaliza en el lugar [ocupado por] la inmigración en la sociedad” (p.5). Sobre todo, las migraciones magrebíes y subsaharianas centran el debate en torno a su número y su supuesto alejamiento cultural. “El debate es aún más agrio [en] Francia [que] acoge desde hace tiempo a numerosos inmigrantes de estas regiones del mundo. Su proporción [relativa] ha aumentado en los últimos cuarenta años” (p.5), pasando del 20 % al 43 % entre 1975 y 2012. “Un cambio de semejante amplitud, [en cuanto a] los orígenes de la inmigración, es [claramente] percibido por la opinión pública”; más todavía sabiendo que “el Islam se ha hecho más visible entre los jóvenes nacidos en Francia con uno o dos padres inmigrantes” (p.5).

En ese sentido, “la inmigración extraordinaria provocada por las guerras y los conflictos no debe hacer olvidar que ciertos países acogen también de manera continua a una inmigración ordinaria vinculada a mecanismos legales. Es el caso de Francia. Los motivos de entrada son conocidos: matrimonios mixtos, agrupación familiar, estudios en el extranjero; lejos por delante de la inmigración de trabajo cualificado y la concesión del estatus de refugiado” (p.7). Como lo subraya el autor, “después de haber aumentado fuertemente en los años noventa, su número oscila desde 2002 en torno a 200.000 personas cada año” (p.8), lo que coincide con una estabilidad de los principales componentes del flujo: 65.000 son estudiantes instalados en Francia durante al menos un año; 50.000 han contraído matrimonio con un residente francés; 33.000 se han beneficiado de la agrupación familiar; 18.000 han obtenido el estatus de refugiado; 17.000 ocupan puestos de trabajo estacionales; y los 12.000 restantes entran en Francia por otros motivos (p.8). La tasa de inmigración anual del 0,3 % sitúa al Hexágono en la media europea.

Esta estabilidad en el tiempo resulta de las políticas migratorias implementadas por los gobiernos galos sucesivos. Resulta que, de los catorce años de estabilidad de esas 200.000 entradas legales anuales aproximadas, nueve han transcurrido bajo la autoridad directa de Nicolas Sarkozy. Bajo sus mandatos, se han aprobado cinco leyes de control de la inmigración (p.10). Su política migratoria aspira fundamentalmente a contener la inmigración legal y a afirmar la prioridad de la “inmigración elegida” sobre la “inmigración padecida”. “A más largo plazo, se [trata] de hacer de tal forma que la contribución de la inmigración a la población de Francia disminuya para preservar la identidad nacional” (p.11). Esta política ha fracasado porque no ha conseguido reducir el número de entradas legales y la inmigración elegida no ha progresado de manera sustancial (p.11).

Héran recuerda que Francia es el único país que recibe inmigrantes de manera continua desde el siglo XIX. Entre el 30 % y el 40 % de estos migrantes se quedan en el país de acogida, mientras que los demás retornan a sus países de origen o se desplazan hacia terceros países (p.16). Los inmigrantes representan el 10 % de la población residente en Francia, sabiendo que por inmigrantes se entienden “las personas, nacidas en el extranjero, [que se han] instalado [en el Hexágono de manera legal] para una estancia de al menos un año de duración, que hayan adquirido o no la nacionalidad francesa posteriormente” (p.16). Conviene añadir a esa cifra, la generación siguiente, es decir las personas nacidas en Francia de padres (uno y ambos) extranjeros que representan alrededor del 12 % de la población global (p.16). Esto significa que “más de uno de cada cinco habitantes de Francia es inmigrante o hijo de al menos un inmigrante” (p.17). Si se computa la generación anterior, más de un tercio de la población del país tiene al menos un padre-madre o un abuelo-abuela inmigrante (p.17). En ese sentido, si las naturalizaciones disminuyen el número de extranjeros, no reducen el número de inmigrantes, ya que, “por definición, la calidad de inmigrante es permanente” (p.17). De hecho, nos dice Héran, “las únicas distinciones pertinentes son las de francés/extranjero (criterio de nacionalidad) y de nativo/inmigrante (criterio de país de nacimiento)” (p.17).

La gran mayoría de los inmigrantes extra-europeos se instala duraderamente en Francia y se enraíza, contribuyendo a poblarlo. “El mecanismo es conocido. Los hijos crecen [y se crean] nuevos vínculos en la sociedad de acogida con el transcurso del tiempo” (p.19). Los padres asumen que la vuelta al país de origen es más compleja que la integración en el país de acogida. Y, el cierre progresivo de las fronteras, lejos de reducir el número de inmigrantes, lo incrementa al dificultar su retorno (p.19).

En ese sentido, en materia de inmigración, las investigaciones en ciencias sociales devuelven a los responsables políticos al principio de realidad, “mientras que estos empiezan a menudo vendiendo [humo] antes de correr por detrás de las cifras” (p.21). Bien es cierto que el sistema político contribuye a ello. De hecho, “Francia es un país con un sistema electoral mayoritario [a dos vueltas] que ignora la práctica de las coaliciones negociadas, a lo que se añade un mandato presidencial de cinco años que personaliza en exceso la vida política en torno a un líder [rápidamente] erigido en salvador. En Francia, más que en cualquier otro lugar, el poder se conquista con la promesa de lo imposible, antes de ejercerse [gracias] al arte de lo posible” (p.21).

No en vano, nos dice el autor, ciertos responsables políticos intentan salir de ese círculo vicioso, aunque esa actitud pueda dificultar su elección. Para ello, es preciso “tomar la medida

de las [limitaciones] objetivas desde la redacción de los programas y [asumir] el principio de realidad” (p.22). Entre las limitaciones objetivas, algunas aluden a tendencias demográficas estructurales. “El lugar [ocupado por] la inmigración en un país dado (...) no resulta solamente de las políticas de control y de incentivación, sino que depende igualmente de fenómenos que no mantienen ninguna relación con la inmigración: el fin del *baby boom*, el incremento de la esperanza de vida (...) [o] la segunda transición demográfica” (p.22). A estas tendencias de fondo se añaden otras mutaciones: la movilidad creciente de los estudiantes, la bajada del precio del transporte, la transmisión acelerada de la información a través del planeta, etc. Más allá, las migraciones dependen de factores jurídicos, económicos y geopolíticos (p.23).

Todo esto desemboca en un debate público sobre la inmigración que se ha convertido en omnipresente y que se caracteriza por “una violencia cada vez más intensa. (...) [Los] debates sobre la inmigración están [marcados] por la [demagogia], de modo que una parte importante de los argumentos consiste en negar cualquier legitimidad al [contradictor], rechazarlo fuera del sentido común (...), asociarlo al mal absoluto, convertirlo en (...) enemigo”, etc. (p.24). En ese sentido, lejos de mantener un equilibrio entre el *logos*, el *pathos* y el *ethos*, “el *logos* desaparece en beneficio del *pathos* e incluso del *ethos*” (p.25). Ante semejante panorama, Héran defiende la postura de la “neutralidad comprometida”, a la vez documentada y realista. “Es neutral porque la inmigración es una realidad fundamental que no implica ni adhesión ni rechazo. Es comprometida porque esto [exige] necesariamente enfrentarse de lleno a las conciencias bien-pensantes que rechazan admitir las realidades profundas de una Francia en movimiento” (p.30).

En la primera parte del libro, que se titula “La política migratoria de la era Sarkozy”, el autor realiza un balance de las políticas migratorias llevadas a cabo por el antiguo presidente gaullista, lo que implica “identificar los factores favorables o desfavorables al éxito de [semejantes políticas]” (p.33). Supone igualmente descubrir los márgenes de maniobra de la acción pública en materia migratoria, aunque sean limitados, porque permite discernir sus capacidades de acción, aclarando lo que depende de él (p.33). Una vez dicho esto, Héran recuerda que Sarkozy ha diseñado la política migratoria gala durante nueve años: cuatro como ministro del Interior y cinco como presidente de la República (p.35). “Si el primer paso del Ministerio del Interior respetaba todavía el marco de la política migratoria fijada en los años 1980, es en 2005 cuando el ministro empieza a aplicar su programa de ruptura [gracias a la aprobación] de cuatro leyes: [las de] julio de 2006, noviembre de 2007, agosto de 2008 y

junio de 2011” (p.35). No en vano, “la estrategia de ruptura de Nicolas Sarkozy se ha enfrentado a la naturaleza de los flujos migratorios, [las limitaciones] legales y las resistencias de la Unión europea” (p.36).

En general, Sarkozy se muestra muy crítico con las políticas migratorias de sus antecesores. Subraya tres errores básicos: la contratación masiva de trabajadores inmigrantes en los años 1960, la autorización de la agrupación familiar en 1978 y la ausencia de debate serio sobre la inmigración (p.38). Esa apropiación del discurso de la extrema derecha sobre la inmigración resulta, entre otros factores, de los ataques constantes lanzados por el Frente Nacional (FN) a la derecha de gobierno en esta materia (p.38).

La ley más ambiciosa impulsada por Sarkozy es la ley del 24 de julio de 2000 cuyo objetivo es “reducir la inmigración para preservar [la] identidad a largo plazo y recuperar [la] soberanía [nacional], haciendo de tal forma que la inmigración elegida se imponga a la inmigración padecida” (p.45). Las otras dos leyes tienen objetivos más limitados: la ley Hortefeux del 20 de noviembre de 2007 aspira a endurecer las condiciones de la agrupación familiar y simplifica el procedimiento de alejamiento de los extranjeros, mientras que la ley Besson del 16 de junio de 2011 transpone en el derecho francés varias directivas europeas (pp.45-46).

Así, la ley de 2006 pretende reducir los flujos migratorios padecidos endureciendo las condiciones de la agrupación familiar y del matrimonio con extranjeros. En cuanto a los criterios de selección de la inmigración elegida, se priorizan la competencia y el talento, por ejemplo, ofreciendo a los estudiantes extranjeros que han obtenido un master o un doctorado en Francia la posibilidad de ser contratados durante seis meses o más por una empresa francesa (p.48), sobre todo en los sectores carentes de mano de obra cualificada (p.49).

La política de inmigración elegida ha sido un fracaso, puesto que una media de 20.000 inmigrantes anuales ha entrado en Francia a través de estas medidas, muy lejos de los objetivos fijados inicialmente. Y la inmigración padecida, es decir las entradas legales anuales, jamás han bajado de las 150.000 personas (p.51). Ante semejante constatación, la política de inmigración elegida ha sido abandonada en marzo de 2011 por el nuevo ministro del Interior, Claude Guéant (p.51). Ese cambio resulta tanto de dicha constatación como del auge electoral de la extrema derecha y de la presión creciente que ejercía sobre la derecha republicana (pp.55-56).

En principio, nos dice Héran, la evaluación de los resultados de las políticas de inmigración debe hacerse en función de los objetivos proclamados. Para alcanzarlos, Sarkozy ha decidido endurecer las condiciones de entrada y de residencia; reforzar la lucha contra la

inmigración ilegal; acelerar el tratamiento de las solicitudes de asilo; y coordinar las administraciones implicadas (pp.61-62). Precisamente, una de las estrategias privilegiadas por Sarkozy ha consistido en “coordinar la multitud de interventores administrativos en una estructura de acción común y coherente: el (...) ministerio de Inmigración” (p.67). Pero, esa voluntad se ha enfrentado a un panorama complejo marcado por la pluralidad de los niveles político-administrativos donde se tratan las cuestiones de inmigración, la autonomía de acción de los municipios y el papel esencial del mundo asociativo (pp.69-70).

En general, estas políticas se caracterizan por cierto voluntarismo. El problema, nos dice el autor, es que “el voluntarismo no tiene ningún valor en sí, solo importa su orientación” (p.62), ya que la voluntad más poderosa no es de ninguna ayuda si no toma en consideración los comportamientos efectivos y los medios para la acción (p.63). A su entender, las acciones voluntaristas son más confesiones de impotencia que manifestaciones de potencia (p.66).

En la segunda parte del libro, consagrada a la fase posterior a Sarkozy, el autor constata que la política migratoria del presidente gaullista no ha sido objeto de un balance crítico por parte del propio interesado. Y Hollande ha recibido y gestionado la herencia sarkozista sin cuestionarla fundamentalmente (p.75). De hecho, al no realizar una ruptura decisiva respecto a la política migratoria de los gobiernos sucesivos de derechas, el Partido socialista apenas se ha expresado sobre el tema (p.86). Si nos referimos a las promesas del candidato Hollande o a las políticas implementadas por los gobiernos de Ayrault y Valls, las medidas tomadas durante los años 2012-2017 no han roto con la era sarkozista. Las únicas excepciones conciernen la derogación de la circular Guéant sobre la contratación en Francia de estudiantes extranjeros que disponen de un master o un doctorado obtenido en el Hexágono (p.86). “Más significativa [ha sido] la abrogación por los socialistas de tres disposiciones que concernían a los inmigrantes de situación irregular: el derecho de acceso a la AME (Ayuda Médica de Estado), la posibilidad de detener a niños [en los centros educativos] y la sanción del delito de solidaridad [hacia los inmigrantes]” (pp.86-87).

Pero Hollande no ha cumplido dos de sus principales promesas: conceder a los extranjeros residentes en Francia desde hace al menos cinco años el derecho al voto en las elecciones locales y luchar eficazmente contra los controles policiales en función del color de la piel del usuario (p.87). Se ha constatado una prudencia similar ante el flujo de solicitudes de asilo. De hecho, la política de acogida de los refugiados sirios ha sido restrictiva, puesto que el gobierno socialista se ha mostrado reticente a la política de recolocación impulsada por la Comisión Europea. Solo ha aceptado 24.000 demandas en prácticamente dos años (pp.13-

14). Tampoco ha visto con buenos ojos el segundo Plan Juncker que contemplaba repartir los refugiados entre los Estados miembros de la Unión en proporción a su población y PIB, teniendo en cuenta la tasa de desempleo y el número de refugiados ya acogidos en los últimos cinco años (pp.14-15).

“François Hollande ha practicado sobre todo la esquivas porque la inmigración parecía ser para él [un tema] demasiado sensible para abordarlo directamente” (pp.87-88). A pesar de ello, dos leyes han sido aprobadas sin generar mucho debate: la ley del 29 de julio de 2015 que reforma el derecho de asilo al transponer varias directivas europeas; y la ley del 7 de mayo de 2016 relativa al derecho de los extranjeros que crea una tarjeta de residencia plurianual de dos a cuatro años, concedida después de un año de residencia legal si el titular ha seguido el “itinerario de integración” (pp.88-89). Pero, estas dos leyes consisten esencialmente en adecuaciones de procedimientos existentes (p.89). Esa tibieza de la izquierda en el poder explica, según Héran, que no haya realizado un balance crítico de la política migratoria de Nicolas Sarkozy (pp.91-92).

El único partido político que ha hablado de la política de inmigración de los años 2005-2012 es el Frente Nacional (FN). Repite, sin cesar, que “las políticas migratorias llevadas a cabo desde los años 1970 han sido laxistas y suicidas, porque no han absorbido a millones de musulmanes que, [según él], pondrían en riesgo la identidad de Francia” (p.95). Para el FN, Sarkozy no ha cumplido sus promesas, engañando a los ciudadanos galos, al llevar a cabo una “política laxista” (p.95). La única explicación avanzada por este partido para explicar las políticas migratorias implementadas por Sarkozy es de carácter psicológico: “la debilidad del carácter de Sarkozy, su propensión a la mentira, [la] sumisión a las presiones de Europa y de la finanza internacional” (p.96).

Ante esta situación, el FN propone acabar con la inmigración ilegal y la inmigración legal extra-comunitaria, “puesto que [su] objetivo es abrogar a la vez la inmigración de trabajo y la agrupación familiar” (p.97). El problema para el Frente Nacional es que, reducir las entradas legales anuales a 10.000 personas, implica decretar la prohibición de la inmigración legal, lo que provocaría un auge de la inmigración ilegal (pp.97-98). Esto supondría, además, rescindir los convenios internacionales ratificados por Francia (p.98).

En la tercera parte de la obra, que se interesa por la relación entre demografía y poder a través del caso del INED, parte de la constatación según la cual se acusa, a menudo, a los investigadores de estar desconectados de la realidad, de tener una visión abstracta de la inmigración y de no experimentar personalmente lo que viven los ciudadanos en sus vidas diarias (p.115). Héran cuestiona esta representación y se muestra partidario de la “neutralidad

comprometida” que practica de dos maneras: por una parte, familiarizándose con la vida social, en todas sus formas, para acceder a un conocimiento íntimo; y, por otra parte, utilizando toda una serie de métodos de observación y de análisis que le ofrecen la distancia necesaria (p.116).

A ese propósito, el demógrafo galo subraya que “la inmigración es una experiencia vivida por los inmigrantes y sus descendientes. Es también una experiencia concreta para las poblaciones que viven en lugares en los cuales los inmigrantes están fuertemente concentrados. En Francia, especialmente, el reparto de las poblaciones inmigrantes a través del territorio es extremadamente desigual. Su concentración es máxima en los barrios populares urbanos” (p.117). Existe, de hecho, “una fuerte inercia en las elecciones residenciales: los que han llegado en los últimos años (...) continúan [instalándose] en las zonas que habían sido ricas en empleo industrial durante los años sesenta, a pesar de que la mayoría de estos empleos haya desaparecido [desde entonces]” (p.117). “Agrupación familiar y precio reducido de la vivienda explican esta desconexión creciente entre la localización del empleo y la localización de los que acaban de llegar. Es el equivalente en el espacio de la desconexión observada en el tiempo, desde mediados de los años 1970, entre los flujos migratorios y la coyuntura económica” (p.117).

La llegada a la presidencia de la República de Nicolás Sarkozy ha dificultado la realización de investigaciones independientes sobre la inmigración y, más aún, de evaluaciones de las políticas migratorias implementadas por su gobierno. “El nuevo presidente estaba convencido de encarnar la voluntad popular (...). Gracias a ese vínculo inmanente, podía hacer caso omiso de los cuerpos intermedios, de las altas autoridades, de las agencias, de los expertos”, etc. (136). Las investigaciones sobre la inmigración llevadas a cabo por el INED se han enfrentado a una triple oposición: 1) la extrema derecha que criticaba “la izquierda bien-pensante”, “la sumisión al Estado” y la práctica de “la mentira de Estado”; 2) los asesores especiales del Eliseo, de Matignon y de los ministerios; y 3) los investigadores opuestos a las estadísticas étnicas (pp.136-137).

- La primera ofensiva, proveniente de la extrema derecha, ha sido de una gran violencia verbal. El INED es acusado entonces de propiciar “la invasión de Francia por el Islam” y de preparar “la sustitución de la población francesa” (p.137).
- La segunda viene de asesores y altos funcionarios del Estado que desean controlar la actividad del INED. Así, el Ministerio de Inmigración y de Identidad nacional intenta anexionar ese Instituto que depende de los ministerios de Investigación y Asuntos

sociales. A su vez, el Eliseo quiere poner a la cabeza del INED a una persona afín a sus ideas políticas. Pero, ninguno de estos intentos prospera (p.139).

- El tercer ataque proviene de demógrafos opuestos a las estadísticas étnicas. El Instituto es criticado por haber planteado preguntas sobre el origen y la religión de los inmigrantes con el fin de estudiar diversas formas de discriminación (p.147). Esta acusación apenas tiene efecto, ya que esta encuesta jamás ha generado ninguna estigmatización y discriminación de la población inmigrante (p.148).

Según Héran, una política migratoria solo puede ser exitosa si toma la medida de la realidad, es decir si considera el contexto geopolítico, la dinámica demográfica y los principios jurídicos universales (p.150). A su vez, “una política migratoria capaz de integrar la crítica en lugar de [intentar] eliminar aquellos que la realizan puede reservar su energía [para alcanzar] unos objetivos precisos y asequibles” (p.150). El problema, nos dice el autor, empieza cuando la política intenta silenciar las voces discordantes y trata de controlar los organismos de investigación como el INED (p.150). Añade que los investigadores no tienen vocación para dirigir la acción política, puesto que ésta incumbe a los responsables políticos tras escuchar diferentes puntos de vista y tomar en consideración los estudios científicos realizados (p.150). De la misma forma, nadie tiene el monopolio del debate público sobre la inmigración. “La única regla es que cada uno pueda [presentar] sus hechos, métodos y argumentos. Esta regla se impone más aún cuando el conocimiento proviene de un organismo de investigación que dispone de medios de investigación propios” (p.151).

En la cuarta parte del libro, titulada “Gobernar por los números”, Héran observa que, “en veinticinco años, los datos disponibles sobre la inmigración en Francia no han dejado de enriquecerse” (p.157). Hoy en día, se dispone de datos precisos sobre cuestiones esenciales, tales como la amplitud y las características de la segunda generación, la contribución real de los inmigrantes a la tasa de fecundidad del Hexágono, el grado de integración de los inmigrantes y de sus hijos en los ámbitos de la vida social, la amplitud de las discriminaciones padecidas y vividas, así como las creencias religiosas de los inmigrantes y de sus descendientes (p.159). “Las fuentes son múltiples: estadísticas de los flujos migratorios, registro de las solicitudes de asilo, estadísticas de los [permisos] de residencia, datos del censo de la población, muestra demográfica permanente, fichero histórico de los censos, muestras generales del INSEE sobre el empleo, la vivienda y las condiciones de vida, encuestas especializadas del INED y del INSEE sobre la integración de los inmigrantes y de sus hijos, [beneficiarios] de la Ayuda Médica de Estado [o] experiencias de *testing* sobre los fenómenos de discriminación” (pp.159-160).

Simultáneamente, las estadísticas internacionales sobre las migraciones han progresado notablemente. De hecho, “la OCDE ha realizado un trabajo considerable de recogida y de armonización de datos en todos sus países miembros. Naciones Unidas ha hecho lo mismo a través [de la División] de Población, del Alto-Comisariado para los Refugiados y de la Organización Internacional de las Migraciones” (p.160).

No en vano, una gran mayoría de la ciudadanía gala desconfía de las estadísticas oficiales sobre la inmigración. Según el Barómetro de confianza en la política, realizado en enero de 2016 por el Instituto Opinionway para el CEVIPOF, solamente el 3 % de las personas interrogadas confía plenamente en las cifras de la inmigración y el 26 % confía bastante en ellas (p.160). Ese escepticismo resulta de la sensación extendida según la cual existiría una presión política difusa sobre los Institutos que los llevaría a minimizar las cifras reales relativas a la inmigración (p.161). A su vez, “una parte de la desconfianza hacia las estadísticas migratorias [resultaría] de las lagunas (...) que las caracterizaban hace veinte (...) años” (p.163).

Pero, la mayoría de las críticas dirigidas a las estadísticas migratorias carecen de fundamento. Héran cita algunas de ellas: la estadística oficial omitiría los inmigrantes que han adquirido la nacionalidad francesa; la estadística oficial omitiría la segunda generación; las estadísticas étnicas estarían prohibidas en Francia; las estadísticas religiosas estarían prohibidas en el Hexágono; la estadística oficial ignoraría el número de musulmanes en Francia; la estadística oficial no diferenciaría el saldo migratorio de los extranjeros y el saldo migratorio de los franceses; la estadística oficial olvidaría explicar que la dinámica de la fecundidad de Francia se debe a la sobre-fecundidad de los inmigrantes; la prohibición de las estadísticas étnicas prohibiría computar la parte de los inmigrantes o de hijos de inmigrantes en el seno de la población carcelaria; y, no existirían datos cifrados sobre los binacionales (pp.163-166). Las únicas críticas fundamentadas conciernen al hecho de que, por una parte, la estadística oficial no registra las salidas del territorio, y, por otra parte, la estadística oficial no puede computar los inmigrantes clandestinos (pp.164-165).

Por lo tanto, “la mayoría de las críticas dirigidas a las estadísticas sobre la inmigración son obsoletas, exageradas o erróneas [a consecuencia] de los considerables avances realizados desde los años 1990” (p.166). Por lo cual, la persistencia de estas críticas resulta del escaso esfuerzo consentido por los organismos de investigación para comunicar los resultados de sus trabajos, de la no-reiteración de ciertas encuestas y de las rutinas periodísticas (p.167). Además, el autor estima necesario dar consejos prácticos sobre el uso de estas estadísticas.

Son tres básicamente: comprender los órdenes de grandeza; encontrar el sentido de las proporciones; y afrontar los datos sobre la inmigración (pp.168-169). La atenuación de la desconfianza del público hacia las estadísticas pasa igualmente por la profundización de la cultura de la estadística que sigue siendo limitada en las sociedades contemporáneas, incluida la francesa, porque no es enseñada ni practicada de manera concreta. Esa cultura progresa, sin embargo, con el auge del *fact cheking* y la demanda creciente de datos fiables (p.181).

En la quinta parte de la obra, centrada en las polémicas sobre las cifras, Héran constata que los polemistas denuncian desde hace tiempo “la indigencia de las estadísticas oficiales en materia de inmigración” (p.193). El autor analiza “varios ejemplos reveladores de las polémicas sobre la medida de las migraciones” lanzadas por Dupâquier, Zemmour, le Pen o Finkielkraut (p.193).

Una de las polémicas ha afectado al censo renovado. En efecto, entre 1997 y 2004, el INSEE ha sustituido “el censo exhaustivo efectuado cada ocho o nueve años por una amplia encuesta anual rotatoria. A partir de entonces, el INSEE y los técnicos municipales censan cada año uno de cada cinco municipios entre los municipios de menos de 10.000 habitantes así como el 8 % de los habitantes de los municipios de más de 10.000 habitantes. Al término de un ciclo de cinco años, todos los pequeños municipios están censados así como el 40 % de las áreas que componen los grandes municipios” (p.195). Ese proyecto ha generado la hostilidad de ciertos geógrafos porque, a su entender, el censo exhaustivo era la mejor manera de computar la población inmigrante. Jacques Dupâquier ha defendido esa tesis (p.196). “No entendía que una selección razonada de hogares, a partir de un fichero regularmente actualizado por los municipios (...), era necesariamente más preciso que el procedimiento exhaustivo realizado anteriormente a largos intervalos” (p.197). El nuevo censo ofrece la posibilidad de efectuar el cálculo del saldo migratorio cada año al determinar las entradas y las salidas (p.197).

Otras polémicas surgen de periodistas y escritos que no dominan las teorías y conceptos demográficos, así como los métodos estadísticos. A ese propósito, Héran recuerda que la demografía es una ciencia social que exige un aprendizaje. “Además del registro, del censo y del recuento (...), debe colmar las lagunas de la información [realizando] encuestas representativas o [utilizando] métodos de estimación. Debe [igualmente] cuestionar la pertinencia de las categorías [y] analizar los vínculos entre las cantidades computadas. Lo que exige manejar (...) los índices y las ratios, los métodos de estandarización, las técnicas de proyección, [los] modelos de población estables, etc.” (p.206). No obstante, a pesar de los esfuerzos realizados por el INED para difundir el conocimiento y las publicaciones editadas

por el INSEE, se ha ampliado el espectro de la “para-demografía” (p.207). Como consecuencia de ello, los periodistas y escritores que pertenecen a ese entorno hacen, a menudo, una utilización inadecuada de los conceptos demográficos, cometen errores flagrantes en la interpretación de los datos e incurren en sonoros contrasentidos (pp.208-209). Así, Zemmour se equivoca en el uso de la noción de tasa de fecundidad y confunde punto porcentual y porcentaje (p.209).

Por su parte, la extrema derecha ha instrumentalizado un informe de la ONU del año 2000 para difundir su tesis de la “gran sustitución” demográfica. En realidad, en dicho informe, la ONU reflexiona sobre las posibles soluciones ante la disminución y el envejecimiento de la población. Considera, por una parte, que la inmigración permite reducir las pérdidas de población; y, por otra parte, que ello no permite frenar el envejecimiento de la población” (p.232). El informe dice explícitamente lo siguiente: “contrarrestar el envejecimiento demográfico con la inmigración es un objetivo que se encuentra fuera de alcance, en razón del número extraordinariamente elevado de migrantes que sería necesario” (p.233). Y la ONU sitúa el llamamiento a la inmigración para enfrentarse al envejecimiento de la población como el quinto factor (p.233). En ese sentido, el informe presenta una serie de proyecciones demográficas con horizonte 2050, realizando un ejercicio de demografía-ficción (p.233). No en vano, haciendo un contra-sentido evidente, el Frente Nacional utiliza ese informe para defender su teoría de la “gran sustitución” (pp.234-235).

En la sexta parte del libro, dedicada al debate a ultranza sobre la inmigración, Héran indica que “la novedad del debate actual, con respecto [al de] las últimas décadas, es su nivel de acrimonia y, a veces, incluso de odio” (p.245). Periodistas y responsables políticos se jactan de mantener un discurso sin complejos sobre la inmigración, cuando en realidad se trata de un discurso sin escrúpulos (p.245). En ese contexto, se echa al interlocutor fuera de la sociedad y de la nación, e incluso de la razón. “En lugar de intercambiar argumentos sobre la inmigración, los protagonistas rechazan el principio mismo del intercambio” (p.245). Ante esta situación, el autor mantiene una triple postura: 1) asume el hecho de que las democracias contemporáneas están atravesadas y divididas por controversias que no pueden ser ignoradas por el investigador; 2) intenta, a pesar de todo, describir las realidades demográficas, sociales y jurídicas que fijan los límites objetivos de la acción pública y de la controversia; y 3) mantiene una actitud reflexiva hacia los procedimientos argumentales utilizados (p.246).

Si no se trata de reservar el debate público sobre la inmigración a los expertos, considera necesario reconocer el lugar específico ocupado por el experto en esa discusión, ya

que “dispone de argumentos [sólidos], gracias a los datos que ha podido extraer y analizar con método” (p.247). Pero, reconoce que, en una democracia, la multiplicación de los puntos de vista es ineluctable (p.248). Uno de ellos es difundido por la extrema derecha. De hecho, “la prensa escrita y [radiofónica] de la [extrema derecha], junto con sus blogs asociados, vuelve de manera obstinada a la inmigración, al Islam [y] al terrorismo, que amalgama en un solo bloque. (...) La tonalidad general es la imprecación” (p.252). Los periodistas y editoriales de estos medios de comunicación “predican a una audiencia de convencidos, del que intentan, de manera insaciable, incrementar el nivel de indignación (...). En ese tipo de [prensa], poco dado al matiz, la autocensura es menor, lo que convierte a estos textos en aún más reveladores” (p.252). En general, la extrema derecha critica el pensamiento único, las élites, los burgueses-bohemios, los intelectuales de izquierdas, etc. (p.254).

Lo que llama la atención al adentrarse en las controversias sobre la inmigración y los temas conexos, tales como la identidad, el Islam o las estadísticas étnicas, es la rapidez con la cual los protagonistas adoptan posturas extremas (p.257). Para deslegitimar a su interlocutor y sus tesis, se acusa de locura. “La forma ordinaria de esta reducción consiste en calificar a las propuestas del adversario de ser locas, insensatas, demenciales, delirantes, histéricas, extravagantes, absurdas [o] estafalarias” (p.225). Una de sus variantes moderadas consiste en subrayar “la irresponsabilidad o la total inconsciencia del [interlocutor]” (p.266). “De todos los temas sensibles de los que se debate con ahínco en las democracias actuales, la apertura de los flujos migratorios es uno de los cuales [provoca] más fácilmente [la acusación] de locura” (p.266). Esta acusación “combina (...) varios registros. Significa (...) la pérdida total del sentido de las proporciones, cuando los objetivos [que se pretenden] alcanzar exceden de manera desmesurada los medios disponibles” (p.267). La acusación de locura pone fin a cualquier debate de fondo (p.268).

En la séptima y última parte de la obra, titulada “el tiempo de la integración”, el autor subraya que la obligación de integrarse impuesta a los hijos de inmigrantes nacidos en Francia es mal vivida por estos últimos, ya que consideran que ese imperativo solo tiene sentido si se dirige al conjunto de la población, sea cual sea su origen (p.285). De hecho, las encuestas intentan medir la integración de los inmigrantes y de sus hijos, pero no utilizan ese término en sus cuestionarios. “Es en función de los datos de la experiencia de cada uno en materia de educación, vivienda, empleo, ocio [y] compromiso cívico, completados por las percepciones individuales, con los que los investigadores construyen los indicadores de integración” (p.285). La imagen que puede extraerse de estas encuestas es probabilista, plural y dinámica (p.285).

“La primera perspectiva de la integración [compara] los resultados de los inmigrantes y de los nativos en un momento dado, sin preguntarse sobre las interacciones entre factores, [que son] siempre complejas” (p.287).

- La tasa de desempleo constituye el primer indicador de la integración, tal y como aparece en las encuestas Empleo armonizadas por Eurostat, la Oficina Europea de Estadísticas. “En la mayoría de los países europeos, excepto en el Reino Unido, la tasa de desempleo de los inmigrantes es dos veces más elevada que la de los nativos” (p.287). De manera más preocupante, la tasa de desempleo de los hombres resulta más elevada en la segunda generación que en la primera (p.287).
- Y, cuando tienen un empleo, son “más proclives a padecer [cierta] desclasificación” (p.287). Además, los inmigrantes trabajan sobre todo en las empresas de limpieza, construcción, transporte y servicio doméstico, así como en el comercio alimenticio, la seguridad y los servicios a los particulares (p.288).
- En materia educativa, el estudio PISA indica que “los jóvenes nacidos en [otro] país tienen resultados inferiores a los de los alumnos nativos” (p.289). Entre los chicos, las diferencias en materia de competencia lectora son especialmente importantes (p.289). En realidad, las diferencias de resultados escolares mezclan varios factores: socioeconómicos, culturales, institucionales y migratorios (p.291).
- A su vez, el riesgo de pobreza es superior para los inmigrantes, sobre todo para las mujeres, y su patrimonio, cuando lo tienen, “es muy inferior a la media” (p.289).

Por último, Héran recuerda que “el derecho francés de la ciudadanía es una construcción histórica compleja” que compagina el “derecho del suelo” y el “derecho de la sangre” “que representan dos versiones de un principio único: el derecho del tiempo” (p.308). Para establecer la pertenencia a la nación, Francia dispone de tres procedimientos: 1) “es francés de nacimiento todo hijo de una francesa y de un francés, sean cual sean sus lugares de nacimiento respectivos”; es francés de pleno derecho toda persona nacida en Francia de un padre nacido él mismo en el Hexágono; y es francés, a su mayoría de edad, cualquier persona nacida en Francia de padres extranjeros, siempre y cuando viva en el territorio galo y/o haya vivido al menos cinco años en Francia desde sus once años (pp.303-304). Como lo indica el autor, el sistema que rige las tres vías de acceso a la nacionalidad francesa se basa en un principio fundamental: “la familiaridad con Francia que se adquiere a lo largo del tiempo” (p.305).

Al término de la lectura de *Avec l'immigration. Mesurer, débattre, agir*, es obvio reconocer que nos encontramos ante uno de los principales demógrafos galos, tanto por su trayectoria, su reflexión como por sus investigaciones, pioneras en varios ámbitos. En el presente libro, que permite al autor hacer un balance de su trayectoria y de los trabajos llevados a cabo, demuestra una madurez y una lucidez envidiables. La rigurosidad de su razonamiento se compagina con la pertinencia de sus análisis. Además, no duda en romper moldes y en denominar los fenómenos por su nombre, sin esconderse detrás de un discurso políticamente correcto y de eufemismos. No en vano, a veces se deja llevar por su pasión por un objeto de estudio que ha constituido el centro de su atención durante varias décadas. A su vez, se echa en falta un apartado final que recoja las principales conclusiones de su libro.

En cualquier caso, la lectura de esta obra es altamente recomendable para cualquier persona interesada en la inmigración, la demografía y la investigación en ciencias sociales.

Referencias

- Aglietta, M., Blanchet, D., y Héran, F. (2002). *Démographie et économie*, Rapport du Conseil d'analyse économique. París : La Documentation française.
- Bozon, M., y Héran, F. (2006). *La Formation du couple*. París: La Découverte.
- Héran, F. (2002). *Immigration, marché du travail, intégration*, Commissariat général du Plan. París : La Documentation française.
- Héran, F. (2007). *Le temps des immigrés: essai sur le destin de la population française*. París: Le Seuil.
- Héran, F. (2009). *Figures de la parenté*. París: PUF.
- Héran, F. (2010). *Inégalités et discriminations: pour un usage critique et responsable de l'outil statistique*, Rapport du comité pour la mesure de la diversité et l'évaluation des discriminations. París : La Documentation française.
- Héran, F. (2017). *Avec l'immigration. Mesurer, débattre, agir*. París: La Découverte.